



Unos médicos le hicieron un reconocimiento.

- Muchas bombas atómicas- recetó uno.
- Tanques, cañones, puñetazos, patadas, palabrotas, motes empujones- aconsejó otro.

La armaron hasta los dientes.

Esto, en vez de fortalecerla, trajo más miedos, más odios, más enemistades, más peleas, y como consecuencia más guerras.

Y es que a la Paz no le sientan bien las armas, y las palomas lo único que acostumbraban a llevar es un ramito de olivo en el pico.

La Paz cada día estaba más enferma. Muchos pensaron que se moría. El cielo se llenó de halcones y las palomas no se atrevían a salir.

Y vinieron otros médicos.

¡Nada de bombas atómicas, peleas, puñetazos, empujones, insultos, misiles!, dijo uno.

Lo que necesita son inyecciones de generosidad, mucha generosidad - opinó otro.

Y vitaminas de comprensión, píldora de justicia, pastillas de cultura, jarabes de amistad, gotas de sonrisa, fuertes abrazos...- continuó un tercero.

La Paz se fue recuperando y con ella las palomas que ya no se cansaban al volar, que se enfrentaban valientemente con los halcones y llegaban todas a su destino, en donde eran respetadas y nadie se reía de ellas.

Y las guerras se acabaron. Ya no hubo ni guerras, ni peleas, ni odios, ni empujones, ni insultos de ninguna clase. En el cielo sólo se veían palomas

